

# ALGO MÁS SOBRE LA ALEGORÍA DE LAS PASIONES HUMANAS DEL MUSEO DE BUDAPEST

ISABEL MATEO GÓMEZ  
Depto. de Arte "Diego Velázquez" (C.S.I.C.)

YA en una publicación anterior di a conocer la relación de contenido existente entre la tabla de Budapest (fig. 1) —por los rótulos que definen a sus protagonistas— y la prosa didáctica de nuestro Renacimiento, a propósito de la lucha de la razón con los apetitos y vicios, con la obra de Boscán, Herrera, Fray Luis de León pero, muy especialmente con los *Dialoghi d'Amore* de León Hebreo, y el *Diálogo entre la Sensualidad y la Razón, en que vence al fin la Razón y acaba el libre albedrío*, de Sebastián de Covarrubias. También establecimos relación de contenido y forma con el grabado de Bandinelli titulado *El combate de la Razón y el amor*, fechado en 1545.<sup>1</sup>

No obstante, el cuadro de Budapest, además de los rótulos que designan sus figuras y de la cartela que expresa su intención, "los que quieren porfiar sin el viento de la Razón ellos y ellas locos son", presenta, colgado del tronco del árbol central, una cartela o escudo sobre los que se dibujan tres coronas (fig. 2), que hemos localizado en otras pinturas siempre relacionadas con la orden de predicadores, los dominicos. Estas pinturas son el San Pedro Mártir, de Pedro Berruguete, procedente del convento dominico de Ávila, que se halla en el Prado (fig. 3), y la Santa Rosa de Lima, de la que presentamos un detalle, localizada en la iglesia conventual de las Anas en Murcia (fig. 4).

Estas coincidencias dominicas nos han hecho pensar en que tal vez podríamos encontrar coincidencias entre el texto y contenido del cuadro y algún otro dominico. La fisonomía de la orden destacaba en su interés por la predicación y salvación de las almas ya que era una orden esencialmente doctrinal, comunicándose esta doctrina por la predicación y la enseñanza.

Ciertamente que el tema interesó a los filósofos desde la antigüedad, pues ya Sócrates enseñó que la Razón no puede ser superada por la Pasión, de donde concluía que todas las virtudes son ciencia y todos los pecados, ignorancia. Para Platón lo fundamental es el

conocimiento, por ello el alma caída olvida el conocimiento de las ideas, y yerra en juicio llevada por el ímpetu de los sentidos. La vida moral —para él— es el ejercicio racional, y el fin que se propone en la Razón es el conocimiento de la verdad y del bien. Aristóteles —al que sigue Santo Tomás—, en el capítulo 2 de las *Virtudes y los Vicios* dice: "El dominio de sí es la virtud de la parte apetitiva o concupiscible que hace capaces a los hombres, por medio de la Razón, de reprimir sus apetitos cuando éstos tienen por objeto los placeres viles".<sup>2</sup>

Santo Tomás en la *Summa Teológica*<sup>3</sup> aunó conceptos de Platón y Aristóteles sobre la "Razón" y son numerosas las citas que, como las de éstos, pueden relacionarse con los rótulos puntuales y sentido general del cuadro de Budapest. Entre ellos vamos a destacar la Cuestión 59: "De la distinción de las virtudes morales en relación con las pasiones", en la que se dice "que la pasión es un movimiento del apetito sensitivo", que "la pasión es opuesta a la Razón" y que "se llaman pasiones a los afectos desordenados que no pueden darse en el virtuoso en cuanto deliberadamente consentidas". En la Cuestión 68: "De los Dones", Santo Tomás escribe: "los vicios se oponen a las virtudes en cuanto que son contrarios al bien de la razón". En la Cuestión 74: "Sobre el sujeto de los pecados": "la delectación implica un movimiento de la facultad apetitiva. Pero la facultad apetitiva morosa no está en la razón". Finalmente en la Cuestión 77: "De la Causa del Pecado por parte del apetito sensitivo". "La pasión del apetito sensitivo no puede mover al apetito racional".

No cabe duda de que las *tres coronas* que aparecen en las tablas citadas se están refiriendo a las tres artes sermocinales dominicas: teología, filosofía y retórica, lo que nos hace pensar que el comitente de la tabla de Budapest fuera algún importante dominico del convento de Santo Domingo de Valencia, y a quien tal vez haya que atribuirse la frase de la cartela principal que

<sup>1</sup> "La Mitología y el arte español del Renacimiento", *Lecturas de Historia del Arte*, 1990. S. Sebastián estudió el grabado en relación con el título que dio Vasari, en *Arte y Humanismo*, Madrid, 1978.

<sup>2</sup> F. Copleston, *Historia de la Filosofía*, Madrid, Siglo XX. Aristóteles, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1964, pág. 1372.

<sup>3</sup> Labac, Madrid, 1954.



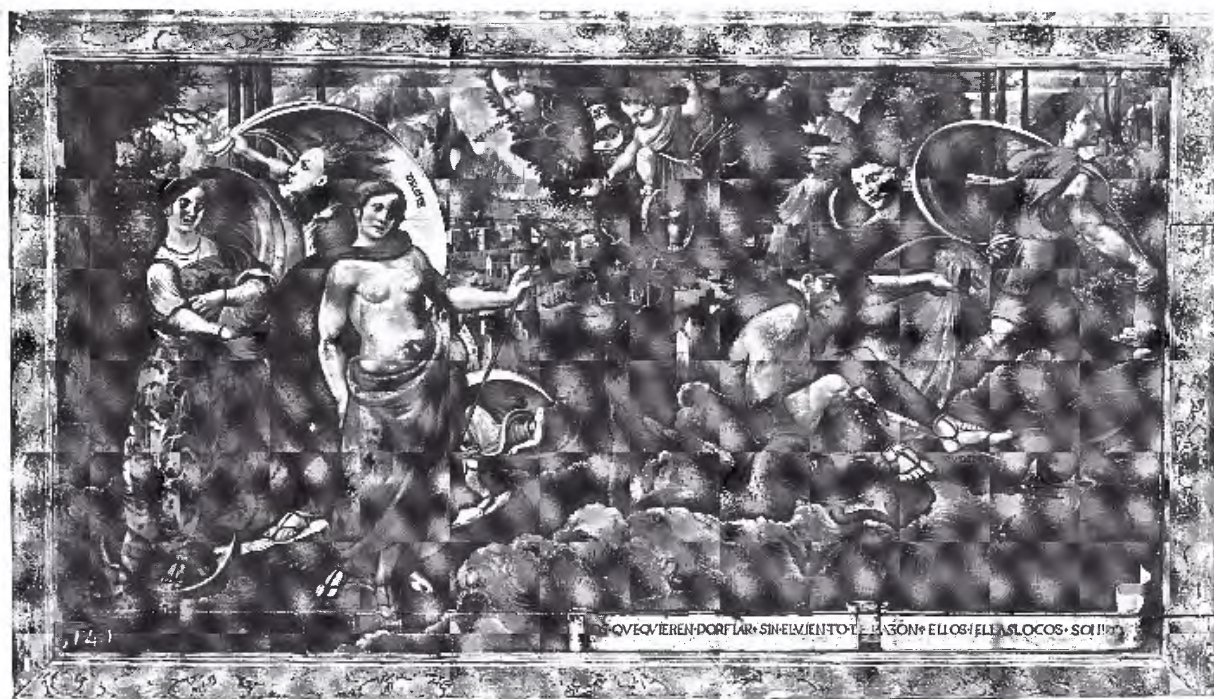


Fig. 1. J. Boyra, *Alegoría de las pasiones humanas*, Budapest, Museo de Bellas Artes.

da título al cuadro. La tabla pudo salir del convento durante la invasión francesa o en cualquiera de las amortizaciones que desde 1820 con la de Riego, hasta la de 1835 con Mendizábal asolaron nuestro país. Ni en el Archivo de la Academia de San Fernando ni en el Histórico Nacional hemos encontrado noticia alguna sobre ello.

El cuadro de las *Pasiones Humanas* es una alegoría profana didáctico-moralizadora que se responde, además, a la dialéctica dominica desde Santo Tomás, como lo eran los sermones de la época, muy de acuerdo, en un ambiente culto como el valenciano del siglo XVI, inmerso en el humanismo cristiano de la época. El Humanismo y el Renacimiento, pues, apela a las fuerzas de la Razón y de la Escolástica, confirmando la continuidad del espíritu y, por ende, de las ideas, de las formas y de la cultura. Por ello el comitente encargó el cuadro a un artista formado en el ambiente renacentista valenciano conocedor del arte italiano cuyas connotaciones con la obra de Botticelli y grabados romanos son evidentes y se advierten en la tabla de Budapest. Sin duda se trata de una de las obras más interesantes del valenciano Juan Boyra, al que hay que rescatar del anonimato como Maestro de Alcira. Fechable la tabla de Budapest entre 1545 y 1550 no nos parece casual relacionar su ejecución con el primer período del Concilio de Trento, una de cuyas causas más destacadas de

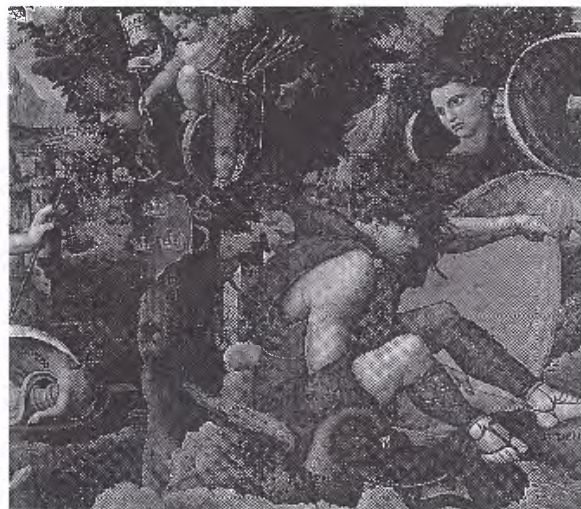


Fig. 2. J. Boyra, *Alegoría de las pasiones humanas*, detalle.

convocatoria fueron los deplorables desórdenes en todos los órdenes de la sociedad. A Trento acudieron más de setenta dominicos entre los que destacó García Gil, de quien decían “Que hable Santo Tomás”.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> M. A. Dominis, *Istoria di Concilio di Trento*, Londres, 1619.





Fig. 3. P. Berruguete, *San Pedro Mártir*, Madrid, Museo del Prado.



Fig. 4. Detalle de *Santa Rosa de Lima*, Murcia, Convento de las Anas.